

JUAN DRAGHI LUCERO

AL PIE
DE LA
SERRANÍA



EDITORIAL TROQUEL / BUENOS AIRES



JUAN DRAGHI LUCERO

AL PIE
DE LA
SERRANÍA

EDITORIAL TROQUEL
BUENOS AIRES

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723

© by EDITORIAL TROQUEL, S. A., Buenos Aires, 1966

Este que era . . .

Este que era un mocito
que salía a rodar tierras
tras de soñar con princesas
en premio de dulce guerra.

Se terció el ponchito al hombro
y dormía caminando
por sendas cuasi perdidas
entre el peñascal del campo.

Llegó al palacio del rey
y al rey le pidió trabajos;
le señalaron tareas
que cumplió con buena mano.

La niña princesa esconde
su pañuelito bordado
y ella se declara en premio
a quien lo encuentre, ocultado.

Y el mocito, al par de un sueño,
descubre a tan fina prenda,
y celebraron casorio
en noche de luna llena.

El rey le dice al mocito:

—¡La pucha, que sos baquiano!

—¿Cómo hallaste el escondite?

—Mi rey . . . ¡Es que soy cuyano!

Barranca Yaco

Las centinelas del campo
cruzaron livianas señas;
buitres del mirar, han visto
un rodado que se acerca.

Viniendo de lejanías
se levantan polvaredas:
es tierral bien conocido
del rodar de una galera.

Se soliviantan los aires
al cruzarse las sospechas.
¡Cuánto decir se retiene
en palabreos y señas!

Nadie dice una palabra
en mirar que se desvela,
pero han de moverse labios
con el asomo de penas.

—Juan Facundo, tu mirada
amanece mortecina . . .

Y en la de Santos Ortiz
negra sospecha se anida.

Aquí está Barranco Yaco,
con un final acordado;
aquí se detuvo el sol
que daba lumbre a los campos.

Se alza una gentil paloma
del fragor de la pelea:
—Facundo . . . Don Juan Manuel
¡te manda las cuatro velas . . .!

La Salamanca

Nidales de oscura noche;
parloteos de los campos
Cruzadas las siete señas
¡a deshoras baja el Malo!

Las licencias, ¡ay!, prohibidas
en la bruja Salamanca . . .
El mozo las mira y mira:
¡hechiceras niñas bailan!

Lo llaman traviesas señas
de amor ofrecido en llamas . . .
Al pasar esos portales
a Mandinga vende el alma.

Mil músicas celebradas,
mudanzas, las más perdidas.
Ojos negros, llevadores.
Tras sedas, rosadas niñas . . .

Todos los vinos bebidos,
todo el amor, apurado...
En neblinas se deshacen
al tercer canto del gallo.

Dentro de blanco esqueleto
de un mancarrón resecado
despierta el mozo, molido...
Se queja, descalabrado.

El sol verdadero alumbra
con su franqueza a los campos
y ante su madre, la santa,
él pide perdón... ¡Llorando!

Niño leñador

Niño leñador, no queda
en el campo una leñita;
sólo se ven pedregales
que a sol y luna rebrillan.

Los algarrobos, en brasas,
en rico fogón ardieron.
Encogido por los fríos
dos leñadores murieron.

Un buitре y una osamenta
son hoy los dueños del campo
y un hacha vieja y partida
llora la guerra de hachazos.

Niño leñador, tu burro
te mira con ojos tristes.
¿Qué se hicieron los verdores
que al campo ya no lo visten?

Río amurallado

Hilo manso de agua clara,
regalo del manantial;
siempre humildito y dormido:
agüita en dulce cantar. . .

Lo estrecharon los vecinos
con viviendas a porfía;
de sus puertas arrojaban
basuras al agua fina.

Cielo muy negro toreaba
con banderillas rojizas.
Fuegos con lanzas de truenos
¡por agua se aborrecían!

Toro de sumadas furias
río abajo iba bramando;
techos, puertas y murallas
al toro iban escoltando. . .

Recobró el río sus tierras,
las que de antiguo tenía. . .
Hoy corre un hilito de agua
con voz humildita y fina.

Los gauchos van a venir...

Guardaba el viejito a su hija
en escondido jardín;
por siempre se repetía:
—¡Los gauchos van a venir!

—Esconderé mi tesoro
tras las murallas de piedra...
—Los gauchos, en lindos pingos,
saltan murallas y cercas.

—Es una niña encantada
que sueña con dulce luna...
—Por ella vendrán los gauchos
buscadores de fortuna.

—Detrás de seguras rejas
esconderé a mi tesoro...
—Nada detiene a los gauchos
cuando de amor es el robo.

—Cavaré un pozo profundo
para esconder la preciosa . . .

—Al profundo pozo irán
los gauchos por esa moza.

—Al cóndor le he de pedir
que la lleve al alto cielo . . .

—Por las nubes, a caballo,
¡gauchos floridos, veremos!

Tatita Dios

Tatita Dios baja
a las serranías;
monta en un burrito
de mirada fina.

Se duerme el niño
al pie del peñasco;
Tatita Dios vela
con su mano en alto.

A las escondidas
le juega la luna;
se esconde en el cerro,
sale en la laguna.

Tatita Dios canta,
velando al niño:
—"Cuando sea grande
andaré en burrito."

—“De cien ovejitas
será pastorcito;
labrará la tierra
con bueyes mansitos.”

—“Este lindo infante
será leñador:
juntará leñitas
para el buen fogón”...

En la dulce vida
del profundo azul,
las aves serranas
cantan: Cu... cu... cu...

Tatita Dios sube
en burrito al Cielo;
sufre con los pobres
miserias y duelos.

En muy ricas torres
repican campanas...
Tatita Dios gime
¡las penas de su alma!

Mira desde el Cielo
la Iglesia dorada...
¡Sobre choza humilde
su llorar derrama!

Lunita, lunera . . .

La Luna sube desnuda
a lo más alto del cielo;
oculta tras vana sombra
sus sobresalidos senos.

Luce un brillar desmayado
de moza libre, sin dueño.
Anima al enamorado
al escaló de los cercos.

Ella sale por las noches
a dorar en lumbre al campo;
regala dulces clarores
en su besar desmayado.

La mocedad soñadora
la sigue en la bruja noche
y ella se adentra en sus pechos
con sus llamitas de bronce.

Las flechas del Zonda

En noches de viento,
entre sueño y mantos
llegaba el nortño
celando sus pasos.

La Virgen dormía;
la Luna, velando,
señalaba al Zonda
el godo poblado.

Las fiebres de agosto
en tiempo cambiado.
Polvareda y bronce:
¡viene el chasque indiano!

Abriendo las puertas
iban de la mano
Quilla-Luna quechua
y el Zonda enconado.

En su casa, el godo
dormía, confiado,
en campos realengos
que ya ha trasquilado.

Despacio le vuelcan
su aliento en la boca:
vahos cienegueros,
fiebre pantanosa.

Con indiana lanza
hieren su costado . . .
La sed y la fiebre
quedan a su lado.

Se despierta el godo
con fiebre y con pasmo
y un vano rogar
al Jesús de palo . . .

Cuatro cirios arden;
doblan las campanas,
que el Zonda silencia
y apaga las llamas.

Ríe Quilla-Luna
porque ha cosechado
en su tierra india
¡a ladrón castellano!

Cantos a Pachamama

Pachamama, ojos de piedra,
del secadal, peregrina . . .
¡Duras flores reverdecen
en tu alentar a la Vida!
Tu vientre de múltipara,
tus senos: ríos de leche,
celan por los multiplicos
de pariciones cerreras,
por el fruto del maizal,
de las abras con las siembras.
¡Cuántos caudales de alientos
en tu cavilar encierras!
Fruto del cacto espinoso,
agua lustral de la sierra,
arenales de los llanos
los empujas a nacencia.
Pachamama, la grandiosa,
paridora en inocencia;
en tu vientre escarnecido
la Cruz quemó tu presencia.

Blanda mujer trajo España,
madre de Uno inigualado,
para sentarla en tu trono
en oro y plata labrado.
Pachamama, por desiertos
huyes, ¡siempre caminando!
En los Caminos del Inca
tu pie deja duros rastros.
De lejos miras tus lares,
las lágrimas abortando,
y de frente al Inti-Sol
recuerdas al Grande Incario.
De noche acaricias niños
indios de la pura sangre
y sonríes al mestizo
que tu penar medio sabe...

Luna, Luna . . .

Al verde cañaveral
baja la Luna a bañarse,
verdes hojas, verdes tallos,
la Luna va a desnudarse.
Flautas del cañaveral
espían la niña Luna;
rayos del Sol, escondidos,
rodean a la desnuda.
Mil luces, ¡tan convocadas!
entran al cañaveral;
con candiles encendidos
la Luna van a buscar.
Vuela el polen amoroso,
punza blanduras de carne
y palpan la flor azul
donde la simiente cae.
Estrellas de oscura noche
saludan nacida lumbre . . .
Rumbo al centro de los cielos
estrellita nueva sube . . .

El río se lo llevó . . .

—¿Qué fue del baquiano Pintos
que con las sierras hablaba?
¡Por devorados caminos,
cerros subía y bajaba!

¿Qué fue del hombre de luces
para burlar mil abismos?
El, con los ojos cerrados
halló el sendero escondido . . .

El río . . . ¡El río se lo llevó!

Salió con arreo a Chile
por ariscas cordilleras
y desafió al viento blanco
arriando vacas y penas.

Su ¡huija! espantó tormentas,
su poncho corrió a los fríos
y, al fin, a tierra chilena
llegó su arreo enterito.

El río . . . ¡El río se lo llevó!

Su gritar quedó en la sierra,
siempre animando al arreo;
mas, el farallón cavila
en su funeral silencio.

En blancos de la espuma
se ve a un jinete guapear...
Río arriba, rumbo a Chile,
¡Pintos, porfía en llegar!

El río... ¡El río se lo llevó!

Vienen los mozos arrieros

Vienen los mozos arrieros,
alta frente, alta mirada . . .
Desgajan amor, alegres,
¡volandera pajarada!

Callejón de la arriería,
salen mulas del tierral:
tan redonditas las ancas,
¡tan ganosas del marchar!

Se apartan a campo abierto,
¡ay, sedientas travesías!
Paso a paso van las mulas
mermando las lejanías.

Mañana, tarde y de noche
van las marchosas mulitas.
Jinetes cargan del sueño
por caminos de porfías.

Con ojos entrecerrados
ellos ven, tras luz de lunas,
a los senos de las mozas
en los quiscos con sus tunas . . .

Campanarios

Las tres ciudades de Cuyo
lucieron sus campanarios.
Los diezmos de las campanas
de los campos se adueñaron.

Llegó un día Juan Facundo
con su pendón negro en alto:
lo recibieron campanas
y los pueblos lo aclamaron.

José Félix lo saluda
con la cruz en lo más alto...
Juntos se fueron los dos
con tañidos funerarios.

Por llanos y serranías
van dos sombras a caballo.
Tras Facundo y José Félix
va una campana de palo...

Los bueyes

Los bueyes bajan al agua
que alumbran los manantiales.
Es de noche . . . Las estrellas
los bañan en lumbrarales.

¡Qué lentos beben los bueyes
sorbos del agua estrellada!
Dejan de adorno en la orilla
las babas abrigantadas.

Canta la noche en luceros;
del Cielo bajan las gracias
para que beban los bueyes
frescor y lumbre en las aguas.

La chalina

Su chalina de vicuña,
tejida con fina mano
luce flecos verde y rosa
como sonrisas del campo.

Con sus brillos de luna
acaricia cuello y hombros,
es cariñosa culebra:
envuelve al gaucho amoroso.

Es el ¡huija! aposentado
que grita la estampa criolla.
Son dos alas al volar
del cóndor y mariposa.

Secretear los amores
que andan sueltos por la calle.
Chalina del de a caballo
¡se contonea en alardes!

Vamos a beber al río.

—A beber, vamos al río—
gritan sedientos muchachos:
con ellos van cuatro siglos
de sed de plata y estaño.

De los días de Atahualpa
los indios no beben agua;
ay, es la sed del Incario
que por una gota clama.

Vertidas penas de nieves
corren al llano sediento.
En el linde de esas aguas
se detiene el viejo tiempo.

La sed mestiza es la sed
de ver lo justo en balanza.
¡Sed de tierra labrantía
y del techo de su casa!

Calíbar

La prenda más codiciada
se perdió en la vecindad
y fue el gemir de su dueño
en no pudiéndola hallar.

Una estrella: el lucerito,
ya no alumbra su mirar.

—Calíbar, a tu mirada
ni el pensamiento se esconde:
¡has de seguirle los rastros
más allá de abierta noche!

Que en la arena más pulida
con su pie escribió su nombre.

—¡Calíbar!— rogó esa prenda,
al huir con su fino amante.

—Vengo a pedirte no encuentres
mi rastro ni en tierra ni aire . . .

Donde arden fuegos de famas,

¡tu nombre, en gloria, se aparte!

Tonada lunar

Jinetes en pardas mulas
van por las huellas del sueño
devorando lejanías
que vienen a sus encuentros.

En la posta de la pampa
hacen noche los arrieros.
¡Cómo celan sus mudanzas
cuyanos y santiagueños!

La luna bajó a mirar
el fuego de los arrieros;
las arenas alumbradas
salpicaban sus luceros.

Chilines de las espuelas
aplauden los zapateos
y las palmas de la noche
festejan galano encuentro.

Los floreos y mudanzas
con embrujo guitarrero
encrespan los mocetones
de ojos del amor y duelos . . .

Duerme el Perú . . .

Duerme el Perú en la leyenda
de América, la escondida,
con tres siglos de Pizarros
y sus nobles de averías.
Oh, Ciudad de los Virreyes,
mitad chula y mitad india,
y un ancho Sol, —Inti de oro—,
y Luna de plata —Quilla—.
El Potosí apuñaleado
por oscuros socavones
dio su entraña cantarina
al brillar de los Borbones.
Su cóndor traza en el cielo
la O del mundo redondo,
¡cuánto nos dice esa letra
en rutas de plata y oro!
El Quinto Carlos, Felipes
tendieron sus blancas manos . . .
Blanca, ¡blanca fue la plata
que les dio el monte esquilmado!
Duerme, Perú de los cholos,
sin Potosí y sin Pizarros,
pero tu Sol, ¡Inti de oro!
por siempre siga alumbrando.

Abuelito, abuelito . . .

—Abuelito, abuelito,
viejo tronco, verdes ramas;
le traigo fragantes rosas
con espinitas que clavan.

Cuando moría tatita
usted nos habló de amparo,
y así tuvimos la dicha
de tenerlo a nuestro lado.

Peinada barbita blanca
luce en su faz, ¡tan despierta!
y sus ojitos le brillan
como el que no llega a treinta.

Jinetazo y muy campero
como hombre de antigua estampa;
sus nietas queremos verlo
como el de setenta . . . en casa.

Abuelito, alguien ha dicho,
muy cerca, en la vecindad,
que hasta lo de Javierita
llega usted . . . Y no más allá.

Nos dice que a su comadre
viejita, va a visitar,
pero su yegua mañera
ya sabe dónde parar . . .

La Javierita se ríe
y goza la novedad
de ver pujar a un viejito
en fuegos de mocedad.

Nosotras nos desvivimos
por nuestro abuelo bizarro
y usted da en pujar sin fruto
tras glorias que ya pasaron . . .

Un picaflor guitarrero,
mozo lindo en el querer,
se ríe de mi abuelito
al verlo desmerecer.

Al ladito del brasero
recupere al calor ido
y apláquese con sus nietas
con mate y torta . . . ¡Abuelito!

La siega

La luna dora el trigal
de las granadas espigas
y se espeja en la guadaña
que siega para la trilla.
Dos hermanos ya maduros
sembraron este trigal:
Francisco, pobre labriego
y el pobre labriego, Juan.
Los dos tienen muchos hijos,
los dos cargan, ¡tantas deudas!
Sol a sol en los trabajos,
la noche, muy corta tregua.
Yo vi a Francisco y a Juan,
de noche, muy escondidos,
dar de su parva al hermano
grandes manojos de trigo.
En secreto se ayudaban
los hermanos tan queridos.

.....

Más que necias sus mujeres,
muy pendencieron sus hijos,
poco a poco ardieron fuegos
en corazones heridos.
Silbaron las mil culebras,
las de ojos mal encendidos,
y cavilaron desvelos
por amargos descarrios . . .
Amarillaba el trigal
que los hermanos sembraron.
Afilaron sus guadañas
con pulida piedra en manos.
Se encendieron las palabras
sobre el grano de la tierra,
y chocaron las guadañas
y sangraron las cabezas . . .
Se arrodilla el vencedor,
corta manojos de trigo:
—¡Hermano: no te desangres
tirado en tierra de heridos!—
Baja Dios del alto Cielo
con una palma en la mano:
—¡Acabó tan dura vida:
Francisco y Juan, a mi lado!

Las razones del hilo

Más que avispado, mirada fina
y habilidoso en sus pedimentos.

—Amigos míos y camaradas,
a la Argentina nos vamos yendo
por cordilleras, las más fragasas,
y más que dos, ¡valen tres viajeros!

Ahí se miraron los dos amigos
y muy sumisos, dijeron: —Bueno . . . —

—¿Qué? ¿Llevan cartas? ¿Recomendados
al buen cuyano que es estanciero?

—¡Llevamos pena por lo dejado,
hallar trabajo sólo queremos . . . —

—Bien dicho, mozos. En sus alforjas,
bellos asoman los bastimentos;
mas yo atesoro para el buen postre
mis tres puñados de higuitos secos . . . —

Llega la hora del mediodía,
se agua la boca para el almuerzo;
tres almorzaron de dos raciones
y de seguida, no más, siguieron.

Cae la noche fría del Ande,
bajo un peñasco buscan amparo.
—¿Traen cobijas, ponchos y mantas
que de la nieve sean resguardo?—
—¡Somos tan pobres! Cada uno lleva
medio ponchito deshilachado...—
—¡Ni se me apuren: yo tengo el hilo
que de ponchitos hará un ponchazo!
Los voy cosiendo con esta aguja
y ya está hecho: ¡Poncho arreglado!
Cae la nieve, los tres se acuestan
bajo lo suyo, que es lo tratado.
Cortan los fríos; semidormidos
cada uno tira para su lado...
El está al medio, bien calentito,
pero la rabia lo está minando...
—En cuanto me harten con tironeos,
les saco el hijo y ¡quedan fregados!

Canto mestizo

Bajando va Quilla-Luna
al verde cañaveral,
llama de plata cabalga . . .
De América es su cantar.
En la raíz de la caña
dos calaveras soñaban;
una, en vida fue Pizarro,
otra reinó en Atahualpa,
y en el musgo y el salitre
bajo hablan las desdentadas;
en la oquedad de sus ojos
ya no brillan las miradas.
—Tú, el de las tres carabelas,
por tu Castilla peleabas;
de Precolombia eres caña . . .
—Tú, que en la noche del cobre
del Ccosco, leyes dictabas,
hoy eres cañaveral
bajo luna castellana . . .

—Flautas de cañas, cantoras,
a dentalladas labremos:
cantarás a Carlos Quinto,
yo a Viracocha, mi dueño.
Tu cantar de siete notas,
yo, con las dos notas menos,
bajo cañas, sobre olvidos,
canto al mañana ensamblemos . . .

.....
Dos bellas flautas mezclaron
las músicas del hechizo
y dieron cauce a sus voces
¡en dulce cantar mestizo . . . !

Los patayeros

—Vienen los algarroberos
vendiendo el rico patay
Mamita, deme dos reales
para diez tortas comprar.

—Hijita, los patayeros
son mozos muy forajidos,
si le dan una yapita
¡ya es mucho lo que han pedido!

—Oiga el mozo patayero,
véndame el rico patay
y si merezco yapita
no muy poca me ha de dar.

—Mi niña, yo sólo vendo
el pan del algarrobal;
niña que me pide yapa
¡esta yapita l'ei dar!...

—Mamita: los patayeros
son mozos, ¡tan forajidos!
De paso dieron yapita
¡y besos y cariñitos!

Crisanto Puebla

Mi amigo Crisanto Puebla,
mozo tan corto y cumplido
siempre queda sin la parte
que, en justicia, ha merecido.

Por ser ¡tan pobre y humilde!
toda vez, triste, se aparta
y es de verlo hacerse a un lado
si todos meten cuchara.

Se enamoró de una niña
que lo atendió en una fiesta.
¡Llamas le dio el corazón
cuando bailaba con ella!

Este cariño encontrado
lo perdió, no bien nacido,
al ver su primer amor
en brazos de un mozo rico.

Terció su ponchito al hombro
y encaró la triste noche...
Camina Crisanto Puebla:
¡fuera del mundo se esconde...!

Juan pobre

Juan pobre y Juan rico, juntos
van por el largo camino,
en caminar que va y viene
sin fin ni dar su principio.

El pobre deja en la arena
el rastro del pie sufrido
y el rico hunde sus pisadas
con fuerza y cuidado tino.

Van sin decirse palabra
a sus opuestos destinos.
Ya de día, ya de noche
se oyen pasos desmedidos.

¿Quién con vara justiciera
podrá medir sus pisadas?
¿Para qué? . . . Si no hay medidas
a las opuestas andanzas.

Mamita...!

Tres hijos tuvo la Juana:
¡del Cielo fueron regalos!
Pañalitos de vicuña,
¡cómo tejía su mano!
Tres hijos, ¡los más chiquitos!
su corazón alumbraron;
en su nidal de pobreza
sus niños se fueron criando...
Hombres tornaron sus mozos:
tres caminos apartaron
y Juana, la soñadora,
queda a tres niños mirando...
Se acaricia en la esperanza
la premien con justo pago.
Ya ciega, pide una ayuda:
sus tres hijos la escucharon.
Manda el menor un clavel
para el pago de su crianza
y ya corre a sus jardines

¡a celar flores y plantas!
El del medio, en las prisiones,
le envía un decir llorado,
y vuelve al naípe, a la taba
y, ¡ciego!, sigue jugando.
Y el hijo mayor le escribe
la carta más primorosa . . .
Por ser un hombre letrado
¡cuida la palabra hermosa!
Sin luz se murió la Juana;
los vecinos la velaron.
A sus tres hijos del alma:
¡tres besos les ha dejado . . . !

Muerte del niño mestizo

El niño se ha maldormido
en la noche desquiciada;
luna que merma en menguante
forma la curva guadaña.

Ay, del brillar de unos ojos
que la fiebre los empaña.

Suben cambiantes colores,
suben, suben y no bajan . . .
La fiebre teje castillos
con luces de Salamanca.

—¿Oyen quebrar de cristales
en noche resquebrajada?

—Niño, tu frente llamea,
niño de la vida llama;
lenguas de rescoldo y fuego
en la esperanza fallada.

Mira el danzar de la noche
con tres lunas alocadas.

Dos zorzalitos cantores
bajan, batiendo sus alas
y, sin dejar de batirlas,
perlas del llorar derraman.

Ay, un pico corta el hilo
del volatín que encumbrabas.

En altanoche subieron
tres llamitas coloradas...
Se abren los ojos del niño,
¡y en los silencios se apagan...!

Ay, dos ojitos vidriados,
ay, dos manitas heladas.

El malón

Retumba el tambor del campo:
cuatro mil cascos martillan...
¿Qué contiene tanto andar
de la indiada enardecida?
De tierra de los pinares
brotan fuertes mocetones:
ojos de dormidos fuegos
¡tres siglos de odios esconden!
Día y noche, a media rienda
bajan de la sierra al llano;
a sus corceles de guerra
pegados con lanza en mano.
Estrella de cinco picos
en la pampa se aposenta:
cinco clamores de Arauco,
cinco fuegos en sus cuentas.
Vienen al verdor del llano
¡gavilanes de la sierra!
donde pastan las vacadas
que Martín Fierro apacenta.

El pastor está dormido,
el fortín, distraído en fiesta . . .
¡A fuego y lanza conquistan
cautivas, vacas y ovejas!
Namún Curá en su victoria
da del indio las razones:
—¡Indias la pampa y la sierra,
nos rinden frutos y flores!

El huaso Raimundo

Ya baja el huaso Raimundo
de los altos de la sierra;
junto con él van y vienen
el tomillo y las llaretas.

Trae un gritar escondido
bajo el poncho que lo entalla;
su estrella de cinco picos
va delante en algaradas.

En el tirador le abultan
blancos cóndores de plata
que tirará a manos llenas
en llegando a la chingana.

A la Virgen de Andacollo,
fiel, encomiéndale el alma;
que su carne pecadora
dulce chinita le acalla.

—Soy serrano, soy de lazo—
grita a su celada prenda.
Ella lo mira, infinita,
enredada a su contienda.

En la chingana abajina,
huasos y gauchos celando
y una mujer enlutada
que estira su flaca mano.

Arpa, guitarra y violines
dan su perfil brujo al baile.
Cuatro velas encendidas
¡se espejan en los puñales! . . .

La chirinada

Noche de sable y quebrantos
en el Cuartel de la Guardia;
corren encubiertas luces,
sordas linternas apagan.
Veinte frascos de aguardiente
velan con cien carabinas;
en las cartucheras chían
balas que son golondrinas.
—¡Chist! ¡Silencio! . . . ¡Se apaguen
los candiles y linternas;
en la oscuridad hablemos
las palabras de la guerra.
El Comandante, emponchado,
llega con finales nuevas:
—¡Llegó la hora, la patria
gime en las duras cadenas!
A las tres de la mañana
abrirá el Cuartel sus puertas.
A las tres de la mañana
rendirá el tirano, cuentas!—

Baja un viento palabrero
de los altos de la sierra;
prevenciones y acechanzas
andan por las callejuelas.
Tres civiles muy letrados
al Comandante rodean
y le vuelcan, incendiarios,
las proclamas imprenteras.
Dos pasquineros escriben
los discursos inflamados,
plenos de fuego y de patria,
de banderas y entorchados.
Hablan de glorias pasadas,
de antiguos héroes patrios
y al que gobierna, lo culpan
de robos mil y de escándalos.

.....
Negros portales vomitan
sombras con las contraseñas;
las armas empavonadas
manos y pechos caldean.
Agazapados avanzan
por callejones torcidos...
Grita voz aguardentosa:
—¡¡¡Viva!!! ¡Que viva Chirinos!...

El degüello

Angustiada retaguardia
picada por cien lanceros;
¡ay! . . . Restos de los Urbanos
batidos por montóneros.
Frente a Córdoba enlutada
han chocado los dos bandos:
dos mil brillosos puebleros
contra dos mil emponchados.
Espada, la ciudadana,
chuzas, las chuzas del campo
y el secadal, ¡tan ardido!
su reclamar levantando.
—Ja, jay . . . —Se ríe Quiroga—
Por fin he de ver bailada
la contradanza más criolla
del fierro con la tacuara.
Mi poncho, el de los Atilés,
viene a apagar lumbraradas
reclamos de los llanistas
que el tinterillo hace nada!

.....

Corre, ¡corre, pobre mozo!
al centro de tu ciudad;
tú, que adoras los latines
que enseñan en Monserrat.
¿Qué será de tus sonetos
para Virgilio y el Tasso?
¿Tu tesis tan trabajada
sobre el Derecho Romano?
Cansado va tu corcel,
rendido tu brazo va
y si levantas tu espada
¡es un vano amenazar!
Te reclaman alaridos
de la lanza y el puñal
y una sed que no habrá libros
que la sepan explicar...
La triste Luna ha salido
sus campos a remirar;
baja del cielo a espejarse
en tu espada en su espejar:
se enamora de tus ojos
al verte, en hombre, llorar...
—Recogeré tu suspiro
de amor, en tu agonizar;
cuando beses mi ancha cara
¡al tu aliento me has de dar!—
El cuchillo montonero
al barranco va a llegar
y una sombra queda fija
bañada en rojo caudal.

—Brazo yacente en barranco,
celoso, me has de cuidar
al largo de dos mil noches
con tu postura marcial . . .
Celarás, brazo dormido,
mi brillo en la oscuridad . . .
(¡La Luna y el mozo duermen
soñado amor de cristal . . . !)

Carnaval...

—Cantando, cantando, vidita,
vino el Carnaval...
Momentos perdidos, vidita,
¡son de lamentar!

—Nos vamos al pueblo, vidita,
que hay mucho que ver:
cabritos de loza, vidita,
niños de papel.

Plaza con faroles, vidita,
que dan claridad,
con un farolero, vidita,
que enciende y se va.

Diz que no, no caben, vidita,
dos en un dedal...
Ya hicimos la prueba, vidita,
y no salió mal.

La guitarra canta, vidita,
cantó'e perdición.
Ya estamos perdidos, vidita,
¡es nuestra ocasión!

—Comeme, comeme, vidita,
¡yo soy tu sandía!
Cuenta nueve meses, vidita
¡verás tu semilla!

—Que nadie se enoje, vidita,
para el Carnaval . . .
Ya bien nos chayamos, vidita,
con agua de azahar.

—El tronco da ramas, vidita,
con hojas y flores.
Ya bien nos verdeamos, vidita,
con nuestros amores.

—Vamos al trabajo, vidita,
de nuevo a sufrir;
otro Carnaval, vidita,
al año ai venir . . .

—Si los dos nos fuimos, vidita,
al campo a dormir,
la justicia espiona, vidita,
nos ai perseguir . . . !

Noches indianas

El huerto en las sombras
de noches indianas
y el pájaro verde
en la verde rama.
—¿Cuál es que has venido
amante rendido?—
Se dijo en tu huerto
con tu voz sonora.

—Ay, señora;
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

—Llegaras, amante,
por cañaverales;
te guiaran las lumbres
de mis dos caudales—.
Y el pájaro verde
en la verde rama,
muerde los decires
con estas palabras:

—Ay, señora;
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

—¿Por qué no has venido,
amante rendido?—.

Doblan tus palabras
con amor vencido.

(Ya viene tu amante
por pampas y cerros;
criollo fantasioso,
poncho rojo y negro.)

—Ay, señora;
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

Después de Ayacucho
tu amante ha llegado
y cae en tu huerto
(el pecho lanceado).
Lo cubre el aliento
de los desencuentros:
la Cruz de tu cruz
que se alza en tu huerto.

—Ay, señora;
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

Se anida en su boca
cantora culebra;
de noche, muy fina,
sus cantos enhebra.
Vacían sus ojos
hambrientas hormigas:

espejos quebrados
te miran y miran.

—Ay, señora,
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

Por sobre del Ande
asoma el lucero;
luz de madrugada
alumbra tu duelo.
Y el pájaro verde
en la verde rama,
por siempre repite
las vanas palabras:

—Ay, señora,
la que a veces canta,
¡la que a veces llora!

El hombre en su parecer...

Viendo mermar sus alientos
el hacendado Morales,
trasiega su corazón
al repartir sus caudales.
"Quiero que mi hijo, el mayor,
mantenga mi nombre en alto:
quedará con las carretas,
la boyada y todo el campo.
Seguirá con el comercio
que a su padre dio poder;
que siembre mi alta semilla:
de Morales lleve el ser . . .
La del medio, la hija mía,
¡en linduras consentida!
La bodega le señalo
y las casas de la Villa;
serán su dote y puntal
al enhebrar esponsales
con el criollo que ha elegido
que la iguale en sus caudales . . .

Y para mi hijo, el menor
¡el más lindo y alocado!
este disponer ordenan
mi corazón y mi mano:
Nada le dejo en herencia,
sí mi pingo y mi recado,
el puñal que me resguarda;
mi bendición en sagrado.
Ha de tirarse a las sierras
que castigan cuatro vientos,
manejándose a lo huaso,
florido en comedimientos.
Sepa encarar sierra y llano
llevado por su baquía,
que a donde quiera que vaya
¡irá mi amor que lo guía!
Que en bravuras se haga un hombre
luchando al calor y al frío
y que, como buen cuyano,
trabaje en viña y carguíos.
La lluvia, el sol, los rigores
le dan al hombre el aguante;
aquel que no los conoce
se achicará a ser Don Nadie.
Se endurezca en las fatigas
si es destino el trabajar
y si es pájaro cantor
¡con guitarra ha de cantar!
Si tira al naipe, a la taba,
sus deudas pague su mano

y nunca ante la justicia
baje a ser triste culpado.
Que floree dulce prenda
con todo enamoramiento
y que la lleve al altar
como hombre de cumplimiento.
Esto mando a sus hermanos
por si llamara a sus puertas:
que lo alojen y agasajen,
lo rodeen en su mesa . . .
Sepan los hombres letrados,
los de ley, poder y mando
que si desamparo a mi hijo
¡es por quererlo a lo santo!
Ya dicho lo que esto escribo:
¡Cargue la muerte conmigo! . . . !".

La tonada del mozo Vargas

—¿Qué fue del mocito Vargas,
de aquel niño tan esquivo?
¿Sigue en apartada vida
entre papeles y libros?

Vino el Obispo en persona
a dar lustre a su bautizo,
y el Brigadier General
mereció ser su padrino.

Mas, cuando lo cristianaban,
dos palomitas en celo,
sobre la pila trabaron
¡batalla de amor y duelo!

Ya mocito quinceañero
su rico padre le habló:
—Alta rama de este tronco,
¡reciba mi bendición!

A la Iglesia o a las armas
su Casa lo destinaba
para mayor gloria y brillo
del apelativo Vargas.

Su padre, el rico minero,
tiene sierras, tiene llanos;
cita se dan los caudales
en la palma de su mano.

Septiembre, en día veintiuno
se quebró tan alto aliento.
Ah, cautivantes enaguas
traveseando con el viento . . .

(Flecha de amor, ¡la dorada!
gozó en torcer esta vida).
—¿Qué fue del mocito Vargas?
—¡Va detrás de una querida!

Se apartó a los extramuros
y torció por callejones
donde anidan pecadoras,
¡la perdición de los hombres!

Y es de verlo en las chinganas
entre gauchos guitarreros;
con la chalina terciada,
sobre la nuca el sombrero.

Ay, qué mudanzas perdidas
el mozo Vargas florea.
¡Con qué finos balanceos
las enaguas más lo cercan!

Cómo chispean sus ojos
al bailar la mediacaña;
el ¡chilín! de sus espuelas
más entona a las guitarras.

Han de armarse las pendencias
entre cuchillo y puñales
y han de verlo al mozo Vargas
¡en los más finos alardes!

Entrealumbran siete velas
a su fiesta de la carne.
Siete retorcidas llamas,
¡ay! . . . Son las siete señales.

Ah, la de los ojos negros,
ah, la perdida chinita;
la que, sonriendo, se queja:
—Ay . . . Ayayay . . . ¡Ayayita . . . !

—Alta Virgen de Andacollo—
demandan sus viejos padres.
—Por la gracia de tu Hijo,
¡que el nuestro vuelva a sus lares!

Sale a buscarlo en su mula
el confesor de la madre
y tuerce por callejuelas
que son vergüenza del fraile.

Tiembla su mula en espantos;
se persigna el confesor . . .
(¡Ve cavilar en las sombras . . . !
a la Alta Contradicción . . . !)

Vargas con ella, abrazados,
salen de un cuarto a la calle;
un poncho pampa los cubre
¡uniendo más los amantes!

Los maldice el confesor
y le grita al calavera:
—¡Has de llorar a tus padres
y has de perder tus riquezas!

— . . . ¡me ahogo en vino de rosas
en mi noche de caudales . . . !—
Y se alejan los amantes
que en un poncho pampa caben.

El Encantador

En la huerta procelosa
poblada por los misterios
iban los dos hermanitos
muy de la mano, con miedos . . .
Les dijo su buena madre
con su santa prevención:
—¡Cuidado con las arañas;
hay un sapo barrigón!
Los lagartos más terribles,
las culebras y serpientes
se comen a los niñitos
si los ven desobedientes—.
El hermanito y su hermana
anoche fueron al circo,
vieron al encantador
de serpientes . . . ¡Lo que han visto!
El varoncito valiente
trae de cartón la flauta
y como un encantador
busca cosas que se encantan.

.....

Van a casa del Herrero,
el que los fierros trabaja,
y él con su fragua y su yunque, sí, sí,
¡a la Rueda pone llanta!...

Del Pueblo gritan mil voces
al ver la Rueda enllantada:
—¡Salga a rodar por el Mundo, sí, sí,
que, por ser Rueda, no para!...

—Sale al Mundo, rodadora,
que los caminos te aclaman;
tienes de Mujer las formas, sí, sí,
¡tienes de fierro la llanta!...

Alumbra el Sol a la Rueda
por donde quiera que pasa;
corre, vuela, rodadora, sí, sí,
¡ya respira; ya tiene alas!...

A las alturas del Cielo
el Hombre sus Ruedas manda;
al Gran Salto se prepara, sí, sí,
¡Cosmos su Rueda se llama!...

La niña encantada

Encendida luz de estrella,
cantito de ruiseñores,
dormidita voz del agua,
¡Ay... niña de mis amores!
Quién la pudiera mimar
con un juego de ilusiones,
quién pudiera desguardar
su corazón de dolores...

—Tun... tun...

—¿Quién será?

—Este amante caballero
que la viene a visitar...

—En ausencias de mi padre
no lo podré hacer pasar.

—Si asomara a la ventana,
¡mi gozo será el mirar!

—Al amparo de mis rejas,
una visita, no más...

—Lunita que a su aposento
del alto cielo bajó,
por una de sus vislumbres
¡qué no le daría yo!

—La viejita servidora
que la quiere bien peinar...
—En llegando mi buen padre
yo la podré hacer pasar.
—¿Qué mal habrá en recibirme,
si, apenas, puedo andar?
Mis manos con ser tan viejas,
sólo saben del peinar...
Ya mire este peine de oro
y este otro; fino cristal;
con sus hebras renegridas
dos chapecas formarán.
—Por ansias que él más me quiera
a hermosa quiero llegar;
desoyendo prevenciones
de mi padre... Abro el portal.
¿Qué trae en ese atadito
queriéndose desatar?
—Es mi Lora, que adivina
hechos que sucederán.
Mi pájara, la traviesa,
¡haga a la amita alegrar!
—Que la peine y la perfume,
quede hermosa sin igual;
que abra su celada puerta
al mozo que volverá...
—Que no venga quién me quiere
porque mi padre no está.
—Las ausencias de su padre
es ocasión de lograr:

gócense los dos amantes
a gusto... Ja, jay... ja, jay...
—¡Calle esa malvada Lora,
mal le enseñaron a hablar!
y venga mi Tortolita
que, de pura, es rebrillar...
Mi regaloncita llora,
triste en su desconsolar;
¿es que me anuncia desdichas
que sobre mí caerán?
—Deje esa Paloma ingrata,
que se vaya en su volar
y su linda cabellera
me la dará a mi peinar.
Reclina la blanca niña
su frente y la mala vieja
saca peines y alfileres,
pulido metal que espeja.
Los cabellos perfumados
uno por uno contaba
y en el Árbol Familiar
¡la Palomita lloraba!
—Uhúu... uhúu... —¡Tortolita!—
(era su Ángel de la Guarda).
—Uhúu... uhúu... —¡Palomita!—
¡en lágrimas se derrama!
—Uhúu... uhúu... —¡Tortolita!—
llora, llora, entre tus ramas.
Y la Lora, ¡tan dañina!
ríe a las bajas risadas...

—La dormirán a tu amita,
en siendo ella, ¡tan confiada!
Por siempre será dormida,
¡nunca, jamás, despertará!
(La vieja era bruja fina,
por peinadora pasaba.)
Y cuando más regalona
en engaños se entregaba,
alfiler de fina plata
¡su coronilla clavaba!

—Ja, jay . . . —Se ríe la Lora—
la tonta queda encantada;
se encadenará los años,
¡nadie la desencantará!

Y en el Arbol del Cariño
llora la desconsolada.

—Uhúu . . . uhúu . . . —¡Palomita!—
tu penar trasiega lágrimas.

—Uhúu . . . uhúu . . . —¡Tortolita!—
triunfó la bruja malvada.

—Uhúu . . . uhúu . . . —¡Palomita!—
¡te quitaron tu compañía!

Esa bruja con sus artes
baja a disfrazarse en cabra,
a secretos con la Lora
¡sueltan burlas y risadas!

En quebranto de deshoras
entran a la Salamanca . . .

Con los anuncios del día
vuelve el padre con sus arrias;

regalos trae de Chile
de oro y de muy fina plata;
cintas de siete colores,
de vicuña finas mantas.
—Despierte hija tan querida
que su tatita le habla,
despierte del dulce sueño
en festejo a mi llegada.
Abra sus ojos, lucero,
arriba, dulce alborada.
Su tan pesado dormir
deje y deme sus palabras . .
. . Propaso hay en tanto sueño
sumida en tan raro estar.
Que la mejor curandera
venga y la haga despertar.
Trajeron la más famosa
de aquella comarca leja,
(y vino la misma bruja
en figuras de otra vieja).
Con sus untos la refriega
y ella tira a despertar,
apenas da un suspirito,
cae de nuevo a su mal . .
Siete meses han pasado
en el sueño más sumido;
las nueve penas sumaron
padre y mozo consentido.
La niña sigue en desmayo
tan mermada en su destino . .

Entre las ramas, llorando,
desconsuela una paloma;
bate sus alas y gime
en el llorar que más llora.
Triste está el enamorado,
triste, sin hallar qué hacer;
ya camina, ya se para
en aumento al padecer.
La Tortolita que llora
le tiende voz de cristal:
—Con su fineza de amante
en su cabeza ha de hallar
alfiler de fina plata:
¡apenas lo ha de sacar...!
Despertará la que duerme:
su vida ha de rehilvanar...
Alza el amante sus ojos,
los posa en las verdes ramas,
mira y ve a la Tortolita
haciendo señas que le habla...
—Corre, corre, amante mozo,
¡corre a salvar a quién amas!—
El monta en veloz caballo
a media rienda es su andar;
corta los campos, volando,
en tremendo demandar.
En su carrera aparecen
espantos del delirar:
calaveras que se ríen,
que aullidos pasando van.

Risadas, burlas remotas,
llantos del triste llorar . . .
Llega saltando las tapias,
abre puertas sin parar;
se arrodilla ante la niña
en muy contenido hablar.
Le busca en la coronilla
con liviana suavidad:
¡alfiler de fina plata
lo saca sin respirar!
Ella despierta, alumbrada
por un manso manantial . . .
—¿Quién me llama en lejanías,
quién, de un remoto lugar?
—Yo la llamo, ¡niña mía!
en mi pecho a despertar.
—¿Por qué ha de ser en sus brazos,
quién dio calce a su abrazar?
—El Cielo y su padre, amada,
nos citan a este lugar,
y su Angel en Palomita
nos asiste en el amar . . .
—Yo le ruego, padre mío,
me diga la alta verdad.
—Esta dicha es concedida
para los tres por igual:
como padre a él te entrego
¡con él vas a desposar . . . !

Pim... Pom... Pim... Pom...

—Tuhúu... tuhúu...
sustaba la yana;
tuhúu... tuhúu...
fuerita del agua.
Creée... Criíi...
grillito porfiaba,
creée... criíi...
en huerta encantada.
Croóo... croóo...
sapito decía,
croóo... croóo...
la noche perdida.
Cuiíi... cuiíi... cuiíi... cuiíi...
lauchita gritaba.
cuiíi... cuiíi... cuiíi... cuiíi...
mientras disparaba.
Meée... meée...
cordera balaba,
meée... meée...
llamando la mama.

Muúu... muúu...
torito bramaba,
muúu... muúu...
cuando retozaba.
Pim... pom... pim... pom...
gotita del agua,
pim... pom... pim... pom...
cae a la tinaja...

Canto del hermano de Juanito

—Juanito tenía una pava,
la pava se ía
Juanito lloraba;
la pava veniva
¡Juanito se ría!...
Tilín... tilín...
campana sonaba;
Tilín... tilín...
Juanito gustaba.
Tolón... tolón...
Juanito nojaba.
Talán... talán...
Juanito pensaba.
Chilín... chilín...
Juanito bailaba.
Turun... turun...
Juanito dormiba.
Torom... torom...

Cantilos

Cantaba la madre
al niño al dormirlo:
—Es fría la noche
el hambre es más frío...
Tres gotas de leche
en mi pecho anido;
tres gotitas blancas
que guardo a mi hijito.
Con estas ayudas
crecerá mi niño;
se hará un hombre fuerte,
labrará un nidito
que en las noches frías
¡nos dé calorcito!

La herrería de Avendaño

La herrería de Avendaño
mantiene sabor de vida
con la canción del martillo,
con su fragua, ¡la encendida!
Sabe el tiznado muchacho
con fuelle dar viento . . . Tira
con un cuero un palo largo
para abajo . . . Él vuelve arriba.
Yo almiro tanta invención,
¡qué de grande es la herrería!
Al rojo ablandan los fierros
¡a fuego que ríe en chispas!
así nacen de herraduras
en ajustadas medidas.
Van a vencer cordilleras
con piedras como cuchillas . . .
Nos llega el pion caldiador
con sus carbones ardiendo,
al fierro tan duro y frío
¡blando y rojo va poniendo!

Viene el maestro a sus fraguas,
¡mírenlo bien a ño Hilario!
a tenaza y cortafierro
todo el primor manejando.
Forma bellas herraduras
como nunca habrá otra mano.
La bigornia en sus salientes
es curiosa de almirar;
a favor de ella y martillos
los fierros se han de doblar.
A tenaza y maestría
es posible el trabajar
en sus artes, fino herrero
del secreto de amoldar.
Nacadero es de herraduras
en las cifras del caudal,
y son de todo tamaño,
dan aliento al largo andar.
¡Ay! . . . Qué sería del hombre
sin el Herrero y su afán.
Vean la grande herradura
del caballo pesebrero
que, herrado de pies y manos,
vence al pedregoso cerro.
Del tamaño medio salen
para el redomón logrado
al encaró'e serranías
sin que se aplaste, despeado . . .
Ya más chicas y a medida,
¡no digan que es pa la mula!

Y callos pa los vacunos
a su partida pezuña,
por el Portillo y la Cumbre
a Chile van con su carne;
y, al fin, como un juguetito
¡la herradura del burrito!

.....
Vengan alegres muchachas
que saben desepitar
con punzoncitos de fierro
los aujeros del clavar...
Llevadas al cuarto grande
es dable ver hermanar
herraduras por tamaños
y luego un amontonar
en pilas que suman cien
¡ya las vengán a comprar!
Y a todo el mestro herrero,
en humo es su trabajar;
su buen oficial combero
medidos combazos da.
Y martillos en los yunques
cantan en su martillar...
Amargo huma, brillo y fuegos
¡es que trabaja el herrero!
De herreros y labradores
¡se guén siempre los hombres!...

El general de la guerra

El general de la guerra
viene ganando batallas;
las niñas compran la seda
para coser sus enaguas.
Porfiada fue la sangrienta
batalla del Pozo Negro;
su espada del limpio acero
cubrió de gloria el encuentro.
Ordenó a sus bravas tropas
que, sin cesar, avanzaran;
criollos, mulatos y negros
y mestizos batallaban.
Medio litro de aguardiente
y al grito: ¡Viva la patria!
a bayoneta y tan fieros
del enemigo triunfaban.
Quedó el campo ensangrentado:
mil muertos, doble de heridos.
Gloriosa bandera acalla
tanto llorar, tanto grito.

Tambor y clarín proclaman,
al ver el favor del Cielo,
a la alta Virgen del Carmen
¡Generala del ejército!
Bajo arcos, palmas y dianas,
llega al pueblo y lo reciben
dignatarios de la Iglesia
cien funcionarios civiles.
Vino y parranda a la chusma
en las bullangueras plazas...
En palacio del gobierno
festeja la aristocracia.
—Dos noches de amor con chinas
mis bravos sobrevivientes,
repondrán las fuertes bajas
que me hizo el perro insurgente
Esto dice el general,
alzando en alto su copa;
mira, rendido, a la niña
que con él comparte glorias.
Un minué con esa bella
baila el feliz victorioso;
sus brillantes entorchados
con oros quiebran los ojos.
Para el Tedéum Laudamus
va el pueblo a la Catedral;
él, triunfante, cirio en mano,
encabeza, ¡tan marcial!
El obispo le bendice
su espada resplandeciente.

Canta alabanza el coro . . .
Con el órgano enternecen.
Angelitos celestiales
por la alta bóveda vuelan,
sus inocentes sonrisas
¡del Cristo el llorar consuelan! . . .

La Familiar

A la estancia de Segura
llega un viborón muy grande
que viene de no sé dónde,
que va donde nadie sabe.
De refilón cruzan señas
¡quién llegará a maliciar
lo que hablan víbora y hombre!
El Espíritu Maligno
sus tratos baja a tener
con tentados por riquezas
y angurrias de alto poder.
Le llaman la Familiar
a grande y fiera culebra:
¡es personera del Diablo
en los bajos de esta Tierra!
Su presencia sella el pacto
con la Negra Potestad,
¡a cumplir lo escrito en sangre
en becerro del pecar!

Por los tinajones de oro
el Hombre se vende en alma;
gozará al tope la vida,
pero a su muerte . . . ¡Las llamas!
Al anuncio de su fin
se hará velar solo, en vida,
en su cajón; cuatro velas
que un fiel mantendrá encendidas.
El Malo vendrá a apagarlas
con la suma de malicias
y en derrotando a esas llamas
con él se irá cuesta arriba . . . !
Y este amo agranda caudales
que ni él conoce, cabal;
a sus casas corre el río
con creces de oro sin par.
Tiene estancias en el llano,
minas tiene en cordilleras.
Son inmensos sus dominios:
oro en tinajas entierra.
Por ciento conchaba piones,
les da ramada y comida;
en grandes lebrillos comen
diez piones tumbas hervidas,
y lloren de frío y hambre
del pion su flaca familia.
Cuenta con arrias de mulas,
convoyes de a diez carretas;
fincas con viña y lagares,
tinajería y bodegas.

Se rozan campos rebeldes
y hachas, picos y azadones
manejan de sol a sol
a pujidos los mil piones.
Allá, en los cerros huraños
dan plata sus socavones:
más cruces da el camposanto
que a flacos mineros come.
Segura es portaestandarte
del bufido del patrón:
saca la chicha a los pobres,
y los maneja al guantón.
El goza al verlos pujar
en tareas moledoras
y es de verlo, cacariando
—¡Floja es la gente de ahora!
En feliz tiempo pasado
los esclavos trabajaban
de las tres de la mañana
hasta la noche estrellada.
Dale pala, dale pico
sin media tregua a rigores—
porque ha de bramar Segura:
—¡Así quiero ver mis hombres!
Estos piones son de aguante,
¡se persignan con la pala!
No hay poder que los detenga
si no es la Muerte que baja.—
Rastrones, los de dos yuntas,
nivelan altos y bajos;

cueros del buey mortecino
se prestan a este trabajo.
Canales y acequias vuelcan
agua y su limo de arrastre:
con espigas y mazorcas
responde la tierra madre.
Cien mulas cargueras llevan
plata en piedra a los trapiches
de Uspallata . . . Y a fundir
en los crisoles de Chile.
Y en potreros bien alfados
pastan vacas y yeguas;
tiene por gala Segura
por el pelo el apartarlas.
En sus mangas los trigales
con echona son segados
y mil yeguas cimarronas
a cascos trillan el grano.
Molinos del Tajamar
blanca harina van cerniendo
y en sus arrias y carretas
a Buenos Aires partiendo . . .
En invierno esos reguíos
quebrantan a regadores;
riegan con agua escarchada
los helados camellones.
Estas tierras labrantías
domadas fueron a pala,
mas, ellas al camposanto,
mandaron mucha criollada.

Al que ande lerdo en trabajos,
cruel, Segura, los castiga
en cepos atornillados
al agua y pan todo el día . . .
. . . Por fin a sus puertas llega
un hombre a pedirle un pan;
los pobres, ¡tan humillados!
se alumbran con su mirar.
Le brilla un sol en la frente
y en silencio un anunciar
la redención del esclavo
y en un descanso, cantar . . .
Tan humilde el forastero
va a Segura a limosnear
y el amo, duro y soberbio,
le escupe su alto insultar:
—¡Nó te vea en mis portales
que fino ladrón serás!
—Con mi sombrero en la mano,
yo, el Manso, te pido un pan . . .
—¡Mi pan gana quién trabaja
después del fiero pujar!
—Yo soy Aquél que lloró
en la Tierra del Llorar;
cinco lanzazos me sangran
y vinagre a mi sed dan . . .
Llora, llora, corazón,
de frente a esta iniquidad;
gime el pobre en tus cadenas
¡todavía pides más!

Anudado al viborón
la angurria te lleva mal.
Sobre la triste miseria
tú amontonas más caudal:
las espaldas de tus piones
vas pisando al arribar! . . .
—¡Haya azotes sin medida
para este mal limosnero!
¡Cien latigazos le cuenten
acogotado en el cepo!—
A los dos azotadores
los brazos se les caían
y el cepo forrado en fierro
en dos partes se partía.
—Por nunca, jamás, verás
esta cara y esta mano:
¡Cristo soy! . . . Me clamarás
perdón para tus pecados;
llorarán sangre tus ojos
por haber un pan negado. . . —
A las tierras labrantías,
a las minas y a las casas,
las haciendas y trigales
al trabajador regala . . .
—El Sol que nos dá la Vida
todos los nortes alumbra.
¡Sepa elegir su buen rumbo
quien sale de las penumbras . . . !

Vendedora del callejón

—¿Qué vendes, mi niña?

—Arroz mi señor.

—¿En qué calle vives?

—En el callejón

que nace en la plaza
muere en el rincón.

—¿Qué número tiene?

—Un cero por o.

—¿Hay alguna seña?

—Señas tiene dos: .

sin fuego la olla,
pecho sin amor. . .

El Cielo me manda
calores del sol.

Un cabo de vela
rinde humo y claror;
alumbra a la Santa
de la Concepción.

—¿Puedo ir esta noche?

—Vaya, mi señor,
que en mi dedalito
¡cabremos los dos...!
Nacerá la niña
que nos mande Dios:
le pondré por nombre
Fruto sin su Flor.
No tendrá apellido,
no lo tengo yo.
Se criará en cenizas
soplando al tizón;
por calles y plazas
venderá el arroz...
Rico caballero
de la fuerte voz
le dirá a mi niña
por el Callejón:
—¿Puedo ir esta noche?
—Vaya, mi señor,
que en mi dedalito
¡cabremos los dos...!

Arbol castigado

En la casa hay un peral
que a mañoso se ha tirado:
el año pasado y éste
¡sin peras nos ha dejado!

Mi mamita con mi tía
maquinaron el castigo:
una lo ha de castigar,
otra ha de hacer el pedido.

... Mi tía lo castigaba
con cadena, ¡cadenazos!

Su porfía por pleitear
daba razones al caso.

—Vergüenza habías de tener,
hacer el cuento'e las peras.

Si, de balde te cuidamos,
¡habías sido cosa güena!

¡Ingrato!, ¿no te regué?

¿y quién te hizo chapodar?

¿A qué prometes tus frutos
si una pera no has de dar?

Volvé a desafiar mis rabias,
ya verás y, ¡ya verás!

Peral que se va en pura hoja
¡en el fuego ha de finar!—
Herido el árbol se mece
con su tronco hecho una llaga;
firme la castigadora
cadenazos daba y daba.
Con fina industria y con maña
mi mamita se acercaba;
me traía de la mano
y a mi tía demandaba:
—¿Qué está haciendo la señora,
con cadenas, acalorada?
—¡Toy castigando a un peral
que a su fruto lo hace nada!
El presumido florece
a son de pura algarada.
Anteaño se apareció
con tres peritas pasmadas
y el año pasado y éste
¡de peras no supo nada!
—Si lo ha castigado tanto,
deponga su justa rabia.
¿Habrá razón que le asista
para negar su perada?
Es testigo el vecindario
que antes rindió a canastadas.
—Señora, que usted no sabe
cómo burló mi esperanza:
con antojo'e comer peras,
¡bribón! . . . Me deja antojada.

Pero si usted y su niñito
por él empeñan palabra
y, en saliendo de fiadores,
cesaré en mi castigada . . . —
—Me avengo a rogar perdón
al peral lindo y coposo;
aguarde al año que viene,
¡dará peras a manojos!—
Mi mamita me apretaba
la mano, a lo convenido,
y yo, de frente al peral,
metí cuchara de niño:
—Señora, al peral perdón,
como inocente le ruego,
y una ayudita de guano
y una agüita a son de riego
y una aflojadita'e tierra:
después del castigo, ¡un premio!
—A pedido acuerdo treguas
del castigo a este peral;
mas, si vuelve al vicio vano
¡en cenizas ha de quedar! . . . —
Ya nos fuimos caminando
para el lado de las casas
y al cuidado y al secreto
que el peral no oyera nada,
dijo mi tía a mi madre:
—Así supo hacer mi tata,
castigó a un peral mañoso
¡y dio peras a carradas! . . .

Í N D I C E

	PÁG.
Este que era	7
Barranca Yaco	9
La Salamanca	11
Niño leñador	13
Río amurallado	14
Los gauchos van a venir	15
Tatita Dios	17
Lunita, lunera	19
Las flechas del Zonda	20
Cantos a Pachamama	22
Luna, Luna	24
El río se lo llevó	25
Vienen los mozos arrieros	27
Campanarios	28
Los bueyes	29
La chalina	30
Vamos a beber al río	31
Calíbar	32
Tonada lunar	33
Duerme el Perú	34
Abuelito, abuelito	35
La siega	37
Las razones del hilo	39

	PÁG.
Canto mestizo	41
Los patayeros	43
Crisanto Puebla	44
Juan Pobre	45
Mamita . . . !	46
Aconcahua	48
El Ande	49
Muerte del niño mestizo	50
El malón	52
El huaso Raimundo	54
La chirinada	56
El degüello	58
Carnaval	61
Noches indianas	63
El hombre en su parecer	66
La tonada del mozo Vargas	69
El Encantador	73
La Rueda	75
La niña encantada	77
Pim . . . Pom . . . Pim . . . Pom	86
Canto del hermano de Juanito	88
Cantitos	89
La herrería de Avendaño	90
El general de la guerra	93
La Familiar	96
Vendedora del callejón	102
Arbol castigado	104

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.
EL DÍA 22 DE JULIO
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA
BUENOS AIRES
DE 1966

